

DE MURCIA AL CIELO

JOSÉ ZORRILLA

DE MURCIA AL CIELO



de pos

Roger

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

TELÉFONO 551

—
1888

ES PROPIEDAD DE SU AUTOR

A LOS SEÑORES

Marqués de Villalba de los Llanos,

Conde de Roche,

Don Ricardo Sánchez Madrigal

y Don Antonio de Sandoval

Mis queridos amigos: Al recibir este libreo que os dedico, puede que se os ocurra que es una parodia profana de la santa parábola de los peces y los panes, puesto que pretendo satisfacer á tantos con tan pocos versos: pero os suplico que tengais presente que esta leyenda, cuento, poema, ó como querais llamarlo, siendo obra de un poeta que ha contado ya sus setenta y un inviernos, es una de las últimas llamaradas de la lamparilla de su ingenio que chisporrotea para apagarse; uno de los últimos suspiros de su cuerpo que va á volverse á la tierra, y una de las postreras aspiraciones de su alma, que va á volverse á Dios.

Debian ir con los vuestros en esta dedicatoria los nombres de mis buenos parientes los Revengas y el del alegre Nicolás Acero, mi hospedador. Pero á aquellos, que tienen la sangre de mi madre y que

saben que por ella llevo sus nombres esculpido en mi memoria y su cariño infiltrado en mi corazon, no necesito darles públicas pruebas de amistad, ni al público le interesarían mis alardes públicos del cariño que sólo recibe calor en el del hogar doméstico y en la intimidad de la familia; y á Nicolás Acero le guardo su sitio en uno de los rincones de Valladolid de MI ÚLTIMA BREGA; en el de la casa en que nací, de la cual es hoy propietario.

Decídselo así á Nicolás, si por ahí dáis con él, que por ahí debe de andar; y repetídselo á los Revengas, que en Murcia habitan.

Enviad este librejito á Orihuela, donde la lluvia nos dejó apenas vernos las caras, y á Mula, donde no pude ir á enseñar la mia, por la premura del tiempo, por enojosos negocios y por achaques en mi edad inevitables.

Haced presentes mis recuerdos al Prelado, que tan benévola mente escuchó mis salmodías, al Municipio y á los Institutos, que me honraron con sus invitaciones y obsequios, y haced leer á las murcianas de la ciudad y de la huerta los versos que á ellas y á vosotros os dedica, cumpliendo un deber de gratitud, vuestro viejo poeta que os quiere,

José Zorrilla

Madrid, Mayo 20 de 1888.



EN MURCIA

I

De piedra un albo Santuario,
del que hizo la devocion
un valioso relicario
con un ánnuo aniversario
de anual peregrinacion,

de un verde monte en la loma
que de azahar exhala aroma
y tiene á Múrcia á sus piés,
blanquea como paloma
anidada en un ciprés.

Aquel monte es un tesoro
 de fé y de vegetacion
 desde los tiempos del moro;
 rebosa el Santuario en oro
 y el monte es de oro un monton.

El monte es de tradiciones
 poéticas un arcano:
 dos razas, dos religiones
 las sembraron á montones
 bajo él con sangrienta mano.

Siete siglos de pelea
 costó encender á las dos,
 del incendio con la tea,
 el faro que hoy centellea
 sobre él con la Cruz de Dios.

Huyó la grey musulmana
 allende el mar; campa sola
 ya en Múrcia la Cruz cristiana,
 y allí hace hoy la fé murciana
 su romería española.

Original romería
de aquella tierra del sol,
de la fé y de la alegría:
de un pueblo de esos que cría
no más el suelo español.

Pueblo típico y genuino
de la España recobrada
del Tetuaní y Tunecino,
que aún mezcla al ritual divino
los lelés de una algarada.

Pueblo ardiente de *huertanos*,
que, aún con trajes y usos moros,
dan á los ritos cristianos
remates mahometanos
de fuegos, zambras y toros.

Vencedor establecido
en el hogar del vencido,
áun vive sobre su pista,
á lo ganado adherido
por él en su reconquista.

Vive católico y muere
con católicas exequias;
mas siembra, riega é ingiere
cual moro, de quien prefiere
usos, aperos y acequias.

Y no se deshonra en eso,
ni se atasca en el progreso;
á su conquista se apega,
y el carácter guarda ileso
de su hogar y de su vega.

Pueblo sóbrio, sano y fuerte
aunque entre flores se cria,
mientras vive se divierte;
sin miedo espera á la muerte
y en Dios al morir se fía.

Tierra y gentes son aquellas
de tan bravos caractéres,
que en ella son, ellos y ellas,
los hombres como centellas,
como estrellas las mujeres.

Pueblo es aquel á quien debo
últimas horas tan gratas,
que aun me creí allí mancebo;
y aun en mis oídos llevo
su aplauso y sus serenatas.

Por mí en su amistad extrema
y extrema galanteria
hay de un buen libro un buen tema;
mas ya labrar no podria
de gratitud tal poema.

De mi rápido camino
por país tan peregrino,
no puede al pueblo murciano
dar ya más mi ingenio cano
que este recuerdo mezquino.

II

Volvamos al monte aquél
y al tiempo tradicional,
en que en manos del infiel
aun no blanqueaba sobre él
el rico Santuario actual.

Dejemos para otro día
y para otra poesía
más realista y más cristiana,
la alegre fiesta murciana,
que va al monte en romería;

y volvamos mente y ojos
al tiempo ya inmemorial
de cuentos, sueños y antojos,
que da hastío y causa enojos
al filosofismo actual.

Y dejadme aquí ingerir,
aunque á mí no me competa,
lo que aquí voy á decir
como ilógico poeta
que divaga al discurrir:

y es: que España, á quien no inquieta
de hoy el negro porvenir,
que á la ley mal se sujeta,
de cuya vida son meta
holgar, cantar y reñir,

podrá su fé y poesía
arrojar al albañal;
mas dejadme que me ria
de vuestra filosofía
predicada á pueblo tal.

Aquí, en nuestra buena España,
donde se duerme la siesta,
donde se canta la caña,
donde el trabajo molesta
y es la vida una cucaña,

quien parece que medita,
reflexiona ó filosofa...
sueña, está en Babia ó dormita;
que no es país de la estofa
del de el griego Estagirita.

A este sol del mediodia
se filosofa tán mal,
que España tiene hoy en dia
en una guitarrería
su piedra filosofal.

Y dejando también esto
para mejor ocasión
y sitio en que esté bien puesto,
volvamos al curso y texto
de mi rota narración.

Vamos, pues, al monte aquél,
á ver si damos por fin
con la tradición que en él
y de Murcia en el jardín,
dejó tras sí el Moro infiel.

III

Sinfonía, introduccion
ó escena preparatoria
de la árabe tradicion,
surge aquí la precision
de *hacer* un poco de historia.

Horas acaso después
de la en que vió de través
dar á su infáusto destino
con su gloria el Damasquino
Khalifato Cordobés,

vió Murcia que la invadia,
viniendo por Almería,
de moros una caterva,
que como el agua y la yerba
se aglomeraba y crecia.

De aquél árabe aluvion
jamás la fecha y la historia
supimos con precision:
guardan de él turbia memoria
poesía y tradicion.

Mas Múrcia fué siempre tierra
muy bien mirada por Dios,
y el gérmen del bien que encierra
la ha llevado en paz y en guerra
siempre de su bien en pós.

Se habla de un Emir dichoso,
un Abú-Bekhr-al- Kaisí,
que es el tal vez fabuloso
Aarum-ar-Raschil famoso
de las leyendas de allí:

y debió este Emir sin duda
nacer con muy buena estrella;
pues catástrofe tan ruda
de él solo vino en ayuda,
y él solo ganó con ella.

La Omiade dinastia
 Cordobesa cayó en brazos
 de otra raza más bravia,
 y á robarla sus pedazos
 se echó toda Andalucía.

Abú-al-Kaisí con destreza
 sagaz, con tenaz firmeza
 y con audacia oportuna,
 supo atar á la fortuna
 de su hueste á la cabeza:

y se dió tan buenas trazas,
 que de toda Andalucía
 táifas, tribus, huestes, razas
 á su córte y á sus plazas
 y á sus sueldo se atraía.

Su Emirato, por mezquino,
 despreció y dejó en su mano
 el Rey moro Granadino;
 y sobre Múrcia no vino,
 mientras él reinó, el Cristiano.

Con diplomacia sagaz
 y constancia pertinaz,
 de su fértil territorio
 fué haciendo un pequeño emporio
 de los bienes de la paz.

Pronto acudieron terrenos
 á demandar al Emir,
 cuantos labradores buenos
 y tratantes agarenos
 ansiaban en paz vivir;

y al vago, y al tornadizo,
 y al levantisco alistando
 en su pendon fronterizo,
 de su turbulento bando
 se aprovechó y se deshizo.

Poblóse Murcia de gente
 honrada é inteligente,
 útil, laboriosa y buena;
 y un alba de paz serena
 despuntó en un nuevo oriente.

De la paz santos baluartes,
surgieron en todas partes
molinos, agricultura,
comercio, escuelas... la holgura
del tráfico y de las artes.

Al pié de la fortaleza
se levantó la mezquita;
y un trabajo sin pereza
trajo á Murcia la riqueza
con la paz por Dios bendita.

Al Gualentin y al Segura
sangrando ó poniendo presas,
vertió al-Kaisí en la llanura
raudales de su agua pura
por huertos, prados y dehesas.

Los montes, hoy tan pelados
y de árboles tan escuetos,
eran bosques enramados,
que albergue y pasto en sus setos
daban á caza y ganados;

y este Emir, génio del bien,
de Múrcia amparo y sostén,
logró de Múrcia por fin
hacer primero un jardín
y por último un Eden.

Y el monte aquél, tras del cual
vamos por este papel
buscando aquel Oriental
relato tradicional
que dejó el Arabe en él,

era entonces ramillete
de árboles, yerbas y flores,
que exhaló, como un pebete
de un hada en un gabinete,
en la áura un millón de olores;

que aún hoy las brisas aspiran
y sobre Múrcia los tiran,
y en su huerta los derraman
cuando sobre Múrcia giran
y en ella los desparraman.

Tenía, y tiene, una grieta
 el monte aquel, una veta
 del terreno el más fecundo,
 que á ningun azar sujeta
 de los azares del mundo,

es una extensa cañada,
 copia del Eden perdido;
 de los vientos abrigada,
 de la escarcha resguardada
 y de oropéndolas nido.

Allí se dan, coetáneos
 y á miles, flores y frutos
 disímiles y espontáneos:
 con los más suaves geráneos
 los nisperos más hirsutos:

cuyo pólen y semillas
 conducen allí en sus picos
 las errantes avecillas,
 el insecto en sus alillas
 y el aire en sus abanicos.

Y aquella fertil cañada,
que es de Murcia la portada,
de quien su huerta es alfombra,
y á quien da el monte la sombra
del toldo de su enramada,

es canastillo de rosas,
foco de restauradores
y vivíficos vapores,
fanal de las mariposas
y nidial de ruiseñores;

en donde jamás entrada
ni el mal ni el duelo han tenido;
do adverso no llegó nada,
ni áura de peste infestada
ni de terremotos ruido.

Tal era el eden murciano
cuando Abú-Bekhr-al-Kaisí
de él era Emir soberano;
y ahí va de él en castellano
lo que en árabe leí.

IV

Dice un rawí musulmán
que Múrcia es un tulipán
con aroma de jazmin,
que Dios regaló al sultán
que su huerta hizo jardín;

que su huerta es un verjel
que da en su tierra jugosa
desde la palma al clavel,
y una fruta más sabrosa
y más dulce que la miel.

Múrcia es un pomo de esencia,
que guarda los mil aromas
de toda la eflorescencia
que hoy va buscando la ciencia
por bosques, valles y lomas;

la flora y los vegetales,
legumbres y cereales
de más ricas producciones
y sustancias más vitales
de las más ricas regiones.

Tierra en que todo se engendra,
lábrrenla mexuar ó táifa;
do se azucara y se acendra
desde la cidra á la almendra,
desde el higo á la azufaifa;

del sacro laurel del Pindo,
hasta el naranjo de China;
desde el Toresano guindo,
hasta el ágrío tamarindo
de Egipto y de Palestina;

desde el nardo y la azucena
hasta el balsámico aroma:
de la rústica verbena
y la humilde yerbabuena,
de Alepo hasta el cinamomo.

Desde las al tacto esquivas
mimosas y sensitivas,
hasta el argentado pobo;
desde el lustroso algarrobo,
á las mates siemprevivas.

Desde el moral Bergamasco
que da el fruto en sangre tinto,
y el moscatel de Corinto,
y el durazno de Damasco,
de Siria hasta el terebinto.

Múrcia, del sol favorita,
que la baña en áurea luz,
de Aláh y Jehová bendita,
es una árabe mezquita
crestonada por la Cruz.

Múrcia es un kiosko florido,
escondite de una huri
que huyó del Eden sin ruido;
celestes alondra, que un nido
descendió á labrarse allí.

De Múrcia un moro esto dice
 contando esta tradicion,
 de la cual traduccion hice:
 sin que de ella garantice
 ni verdad, ni traduccion.





EN EL CIELO

LA LEYENDA DEL RAWÍ MORO

CONTADA POR EL POETA CRISTIANO

I

Un día de los mundos mirar la marcha quiso
y ver si obedecía su ley la creacion,
y hasta las puertas de oro bajó del Paraíso
el sumo Dios que extrajo del caos su embrion.

De la mansion edénica llegó hasta el peristilo;
el Angel que en él vela su pabellon abrió,
y de la etérea cumbre desde el confín tranquilo
Aláh del universo la marcha examinó.

Lo que los hombres llaman vacío y firmamento,
el aire azul que cielo para nosotros es;
el infinito espacio, vivífico elemento
de su millon de mundos, se desplegó á sus piés.

Las nebulosas, mundos de formacion en vias,
que un día serán soles trás larga evolucion,
las pálidas estrellas como la luna frias,
que chispas y satélites de soles viejos son;

los rápidos cometas de inmensurables colas,
asombro de los mundos á cuya vista van
por leyes de equilibrio de Dios, que son las solas
que actividad, impulso, traccion y luz les dan;

todo eso misterioso que permanece oscuro
y que la ciencia humana comienza ya á entrever,
todo eso que algun dia debemos de seguro
por nuestro sér divino sondar y comprender;

todo eso que se mueve, se cuaja y se deshace,
que radia y cabrillea mientras girando va;
todo eso que va y vuelve, que muere y que renace,
se eclipsa y se ilumina, que libre ó fijo está;

todo eso, mundo ó átomo, que atrahillado ó suelto,
lanzado ó atraído por un poder central,
por algo vive, y marcha, y rueda en algo envuelto
que engendra ó debilita su evolucion vital;

todo eso que englobado se vé desde la tierra,
todo eso que compone la sideral region,
lo turbio y lo visible que el universo encierra,
cuanto en conjunto forma lo que es la creacion,

se presentó á la vista de Dios que quiso verla:
Dios vió de una mirada que funcionaba bien,
y se fijó en la tierra, que va como una perla
en el collar de mundos en que engarzó el Edén.

Y aquella perla, negra por su hemisferio en sombra,
y por el claro blanca porque refleja al sol,
tenia un punto verde, que cual giron de alfombra
un trozo tapizaba del ámbito español.

Corria por entonces el fin de un mes de Enero;
la tierra iba aguantando borrasca general
de nieve y de ciclones, y entre el impulso fiero
del terremoto y de ella se gobernaba má.

Como hoy la rodeaba de niebla y torbellino
 atmósfera que entolda su natural color:
 y aquél giron tan verde, de brillo esmeraldino
 y emblema de esperanza, primaveras verdor
 en medio de las nieves, tal vez un desatino
 de los de España indígenas le pareció al Señor;
 y contemplando al globo por su órbita el camino
 seguir, seguía atento y absorto el Criador.

El Angel que en silencio y en pié quedó guardando
 del peristilo de oro las gradas de marfil,
 su voluntad sumiso permaneció esperando,
 como Él viendo del mundo las maravillas mil.

De aquella gradería y ebúrnea escalinata,
 como alcatifa régia, tapiz de estrado real,
 espléndido arrancaba sobre molida plata
 pensil maravilloso de masa vegetal.

Todo era allí viviente sobre su blanco piso,
 los árboles, las plantas, la flor y el manantial:
 y el árbol que la tierra llamó del Paraíso
 llenaba aquel ambiente de aroma celestial.

Y en armonía todo y en su lugar preciso,
era el pensil, conjunto de perfección cabal,
el semillero místico do atesorar Dios quiso
los gérmenes que nutren la vida universal.

Radiaban y exhalaban los árboles, las flores,
la planta, el césped... todo perfume y resplandor:
miriadas de aves, silfos é insectos voladores,
lumíneas mariposas y pájaros cantores,
oreaban y mecían el árbol y la flor:

Y de éste Eden externo del otro abreviatura,
que en comprensión no cabe de nuestra mente oscura,
vestibulo viviente de la Edenial mansion,
cuidaba aquella hermosa celeste criatura
que alzó ante Dios del pórtico del cielo el pabellon.

El Angel era un tipo
sin par de criatura,
prodigio de hermosura,
modelo escultural;
un sér cuyos contornos
con apariencia humana,
realza soberana
belleza celestial.

Sobre su espalda pliéganse,
ligeras como espuma,
dos alas de alba pluma
de trabazon sutil,
que cáen cual manto niveo,
prestando á su apostura
la gracia y la blancura
del cisne más gentil.

Un nimbo su cabeza
de luz corona y ciñe,
cual la que el cielo tiñe
de albor matutinal;
y de su cuerpo y hálito
se exhala y se desprende
perfume que trasciende
al ámbar edenial.

—

El Criador y el Angel, cuya divina esencia
ni necesita idioma, ni para hablarse voz,
verificaron, obra de su alma inteligencia,
de sus ideas mútuas la trasmision veloz.

—

—¿La tierra ves?

—La veo.

—¿Qué punto es aquel verde de España en un invierno tan crudo?

—No lo sé:

entre el vapor la línea de mi visual se pierde, Señor; mas si lo ordenas á averiguarlo iré.

—¡Vé!—pensó Dios; y el Angel del ¡vé! de Dios sintiendo la fuerza y el mandato, que Dios no formuló con gesto ni palabra, su aliento recogiendo y echándose al vacío, sus alas desplegó.

El rayo y el telégrafo, de quienes ha sabido la rapidez y fuerzas el hombre avasallar, son términos inútiles de cálculo perdido para medir lo rápido del Angel al volar.

Los mundos de los múltiples
sistemas planetarios,
los unos embrionarios
y en pobre evolucion;
los otros desbordantes
de luz y fuerza viva,
y ya en su edad de activa
vital condensación;

los viejos, que caducos
se enfrian y se agotan,
y en el vacío flotan
con decadente accion;
la luna, el sol, los soles
de incógnitos planetas,
y estrellas y cometas
de nuestra azul region,
le vieron un instante,
de luz y aroma estela
dejando por do vuela,
pasar como un ciclón.

Vió Dios su forma móvil
ir alba y luminosa,
primero como cándida
paloma vagarosa,
después como una ingrávida
y blanca mariposa,
después como luciérnaga
pequeña y revoltosa,
que bulle entre los brotes
del césped de un jardín,
entrar en nuestra atmósfera,
llegar al globo junto,
tocar al verde punto
del español confín,

y en él, cual mancha de agua
que se evapora y pierde,
sobre su punto verde
desvanecerse al fin.

Dios viendo que seguía
su creación perfecta,
en unidad correcta
y funcionando bien,
la ebúrnea gradería
del áureo peristilo
subió, y volvió tranquilo
á entrar en el Edén.

Volvió todo con su hálito
en el Edén dichoso,
á entrar en el reposo
y Dios á entrar en sí.

Allí no tiene el tiempo
ni cuenta ni medida;
mas hay, de aquella vida
para contar aquí
los plazos y las fáses,
que asimilar las frases
de nuestro tosco idioma
con las que se habla allí.

Las sombras comenzaban
á oscurecer el dia,
y el Angel no volvía...
Dios dijo:—¿Qué hará allí?

II

El mundo iba ya pronto de la nocturna niebla
bajo los pliegues pardos en el dominio á entrar,
y cuanto vivo el hueco de lo infinito puebla
entre las sombras iba muy pronto á reposar.

Aún daba á los mil mundos del infinito espacio
reflejos de oro pálido la luz crepuscular;
mas ya en sus tornasoles el ópalo y topacio
con tintas se empezaban de cárdeno á manchar.

La tierra, trabajada por rachas de ciclones,
diluvios y nevadas en un invierno cruel,
rodaba entre brumosos plomizos nubarrones,
mostrando sólo el claro del verde punto aquél.

Brotando de él (bien fuese llanura, valle ó loma),
 como fugaz luciérnaga fosfórica, y mayor
 á cada instante haciéndose... primero cual paloma
 nevada, después águila... surgió algo volador
 que del cometa el ímpetu y el derrotero toma,
 que avanza entre los astros con vuelo aterrador:

que como chispa eléctrica
 tras uno y otro asoma,
 se esconde y aparécese
 dejando en su redor
 henchidas sus atmósferas
 de embriagador aroma,
 y en una estela trémula
 de vago resplandor,

el pasmo y el asombro detrás de sí... es el Ángel
 que vuelve á Dios batiendo sus alas de condor.

Pasó rasando al héspero veloz y taciturno,
 porque volvía tarde de Dios ante la faz;
 cruzó, ciego, el anillo dorado de Saturno,
 saltó del aire el límite y se perdió fugaz.

Dios percibió su vuelo y comprendió su prisa,
 por más que él procuraba su ruido amortiguar;

y Dios salió á encontrarle con paternal sonrisa, cuando llegaba el Angel en actitud sumisa en las ebúrneas gradas del pórtico á posar.

Amaba Dios al Angel, porque el Señor es bueno; ante Él sentia el Angel sonrojo y timidez; y aunque el Señor mostrábase con él de enojo ajeno, confuso estaba el Ángel por la primera vez.

De Dios ante el espíritu permaneció confuso, que á Dios allí sentia, mas no veia á Dios; Dios, misericordioso, con Él y en sí le puso, y así, sin voz, hablaron en soledad los dos:

—¿Qué era lo verde?

—Múrcia.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Porque olvidé las horas y mi mision allí.

—¿Pues qué hay allí?

—Otra gloria.

—¿Tál es?

—¡Es un encantol!

—Pues cuenta lo que has visto.

—Pues...

—¿Qué?

—Que nada ví.

—¿Nada en un día viste?

—Razon para dar de ello
cual mensajero vuestro, nó; nada ví, Señor.
Me apercibí del clima primaveral, del bello
país, mas no traspuse su limite exterior.

—¿Por qué?

—Porque á la entrada
de la primer cañada
con una ligerísima
gentil *huertana* dí,
y allí me estuve en pláticas
sin hilacion con ella,
hasta que ví una estrella
brillar... y me volví.

—¿Tán bella era la rústica?

—Sí lo es; mas nó un portento.

—¿Qué te hechizó?

—Su acento
y lo que hablar la oí.

—¿De qué te habló?

—De flores,
de cuentos campesinos,
de rústicas labores;
pero lo habló tan bien,
que oyendo áun estaría
sus cuentos peregrinos:

más espiraba el día...
y me volví al Edén.
—Más ¿tales son sus cuentos
y sus palabras tales,
que embebecer atentos
y embelesar así
allá en la tierra pueden
á seres celestiales?
—Jamás los supo iguales
contar ninguna huri.

Su voz es una música
de mágica armonía,
sus cuentos poesía
de espíritu oriental;
de cada cuento suyo
la acción es un poema
de perfección extrema,
de corte original.

Timbrado está el acento
con que ella los relata
con vibración de plata
y en notas de cristal;

y el ritmo de su lánguida
y extraña salmodía,
encierra una armonía
de encanto sin igual.

Sultana de las flores
llamarla allá podrían;
aquí la llamarían
hermana las hurís;
tomarla el paganismo
podría bien por Flora,
la noche por la aurora,
por flor los colibrís.

—

Oyendo la del Ángel poética pintura,
absorto Aláh un momento quedó dentro de sí:
y luego al Ángel dijo:

—De aquella criatura
lo que me dices pruébame: lo que te dijo dí.

Y el Ángel, trasmitiendo
por gracia intuitiva
como palabra viva
su pensamiento á Dios,
las frases terrenales
que en su memoria toma
en ritmos convirtiendo
de su celeste idioma,
cual perlas engarzando
las fué una de otra en pós,
y á Dios se las fué enviando
en un vital fluido
de óndulacion sin ruido,
y en humo de un aroma
creado y absorbido
á un tiempo por los dos.

III

EL POEMA DE LAS FLORES

—

Para regalo del hombre en la
tierra creó Aláh estas cuatro
cosas : las flores, los perfumes,
los caballos y las mujeres.

AL-KORÁN.

«Cuando á las flores destierra
»el invierno, y en la tierra
»al materno abrigo duermen,
»del incienso son el gérmen
»que ella para Dios encierra.

»Las silvestres, que abrileñas
»abren sus hojas pequeñas
»al sol, la lluvia y las brisas,
»son los guiños y sonrisas
»de los montes y las breñas.

»Las que en la estacion lozana
»primaveral la floresta
»cubren de gualda, oro y grana,
»son el vestido de fiesta
»con que el campo se engalana.

»Las que en plena floracion
»le dan tan sin par belleza,
»son la primera oblacion
»que hace la Naturaleza
»al que hizo la creacion.

»Dios y el pueblo aman las flores;
»Dios las tiene en sus altares,
»y de aquél son los mejores
»atavíos y primores
»en sus fiestas populares.

»Todos los humanos séres
»las aceptan con cariño
»en duelos como en placeres:
»las lleva á la tumba el niño
»y á los saraos las mujeres.

»Amor de la luz del día,
 »de las aves alegría,
 »manto y joyas del vergel,
 »dan al aire su ambrosía
 »y á las abejas su miel.

»Son del amor el lenguaje,
 »de las bodas el mensaje,
 »del matrimonio la prenda,
 »de la gratitud la ofrenda,
 »de la gloria el homenaje.

»Quien no gusta de las flores
 »¿á qué tendrá aspiracion?
 »Quien no admira sus colores,
 »ni se arroba en sus olores
 »¿qué tendrá en el corazon?»

—

Calló, y esperó el Ángel
 el fallo del Señor;
 en el pensil edénico
 ni eco fugaz ni són;
 de Dios y el Ángel todo
 quedóse en derredor
 reconcentrado y mudo
 y en muda espectacion.

La voluntad del Único
y Omnipotente Dios
no se expresó con fórmula
de frase, ni con voz:
su voluntad recóndita
al Ángel trasmitió,
absorta comprendiéndola
con Él la creacion.

—

—«Tan fiel adoradora,
»con tan leal fé en mí,
»gentil floricultora,
»de ingenio tan sutil,
»en la labor tan diestra,
»y en el trovar maestra.
»es una criatura
»que no está bien allí.

»La vida del espíritu
»no está en la tierra vil,
»la almée creyente y virgen
»morar merece aquí;
»¡que todo esté en su atmósfera!
»la flor en el pensil,
»la estrella en el espacio
» y en el Eden la hurí.»—

Apenas concebida
la voluntad de Dios,
segunda vez el Ángel
sus alas desplegó.

IV

La noche está serena, la luna ya en su ocaso,
por la murciana huerta reposa todo en paz:
ni una áura vagabunda las hojas mueve al paso,
ni evoca el són más débil el eco más fugaz.

En su morada, exenta de pena ni cuidado,
reposa la *huertana* con quien el Ángel dió:
no tiene padres: sola sus muertos la han dejado;
crióse entre las flores, como boton cerrado
de rosa en un capullo que el sol no calentó.

Un viejo de su tribu, de origen damasceno,
quien empleó ochenta años en estudiar y en ver,
entre cristianos y árabes tenido como bueno,
y sabio en cuanto pueden los árabes saber,

la prohió muy niña, se encariñó con ella; y como son extremos la infancia y la vejez, tocáronse y soldáronse: y por la misma huella de la vejez fué dócil marchando la niñez.

Los cuentos con que el viejo de niña la dormía, el gérmen que en su espíritu de la virtud sembró, la ciencia de las plantas que el viejo la infundía... por pájaros y flores su natural manía, la fé y la poësía que en su alma inoculó,

de aquella niña hicieron un ángel en la tierra, horticultora diestra después de la mujer; florista y ornitóloga se hizo ella por la sierra; fué el ídolo y encanto de cuanto Múrcia encierra, y fueron con un alma los dos un sólo sér.

María la llamaban los míseros cristianos cautivos: la llamaban los árabes *Myriam*; *Murayma* el sabio viejo: *Gazela* los ancianos: *Sultana de las flores* el pueblo y los *huertanos*, y *huri de sus jardines* Abú-al-Kaisí el sultan.

Aquella criatura, delicia de la gente, ligera como un silfo, como una huri ideal, cual una almée atractiva, cual tórtola inocente, dormía con un sueño de calma virginal.

Dormía, mas soñaba: fantástico, halagüeño,
 más claro y perceptible que sueño natural
 era su sueño: que era vision más bién que sueño,
 y á un tiempo era fenómeno fantástico y réal.

Soñaba que veía, á un ténue albor de aurora,
 un Genio que cantaba de su balcon al pié;
 y oía y comprendía de su cancion sonora
 la música y la letra, sintiendo que oye y vé.

Soñaba que veía y oía la figura,
 la voz y las palabras de un sér y una cancion;
 y el sér era el mancebo que halló por la espesura,
 y su cantar un ritmo de núnca oído són.

Su sueño, goce místico de fruicion celeste,
 era un deliquio, un éxtasis de amor espiritual
 sin que su goce casto germine ó manifieste
 un átomo bastardo de sensacion carnal.

Y la vision, el ritmo, la idea de la frase
 de su cantar la infunden tan místico placer,
 como el que sentiria su alma si flotase
 de la materia suelta para cambiar de sér.

Del sueño aquél hipnótico la sugestion á solas
 la sujetaba al goce de ver y de escuchar;
 meciéndose en su sueño, como en sus mansas olas
 se mecen las gaviotas y pájaros del mar.

Y en fruicion tan íntima, desconocida y grata,
 de sí sin darse cuenta, reconcentrada en sí,
 la sugestion recibe del sueño y serenata;
 cuyas estrofas rítmicas decían algo así:

porque en idioma humano sería en mí insensata
 de darla traducida mi pretension aquí:
 mi ingenio aquí, impotente, la tradicion relata
 informe y como puede: de daros sólo trata
 de la divina historia del árabe rawí
 la idea más conexas, y la ampliacion más lata,
 lo más afin de ése *algo* que se me alcance á mí.

V

LA SERENATA

Almo sér, que pareces no concebido
ni engendrado por obra de sér nacido,
tú que en la tierra
estás por un misterio que en tí se encierra;

blanca Hurí que al fugarse del cielo dijo:
—«voy á ser de los hombres el regocijo,»—
torna tu vuelo
á levantar, y vénte conmigo al cielo.

Sér celeste en la tierra máal hospedado
¿con quién quieres en ella ser apareado,
ni cómo quieres
habitar con sus hombres y sus mujeres?

¿Qué hallarás en las zonas de éste hemisferio
que te dé nutrimento ni refrigerio:
qué domicilio,
qué ropaje, qué mueble, ni qué utensilio?

A tí que en luz te bañas, que de ambrosia
y de néctar te nutres, que poesía
y ámbar exhalas,
y desplegar del ángel puedes las alas;

blanca, pues de azucenas te forjó Mayo;
rubia, porque te dora del sol un rayo;
gallarda y bella
como un Arcángel, pura como una estrella,

de su luz da á tus ojos el sol reflejo,
á tu cara la luna sirve de espejo,
y las palomas
en tu balcon te arrullan cuando te asomas.

Para verte en la tierra se abren las flores
y Dios abre del cielo los miradores;
y tus hermanas
las hurís te echan besos trás sus persianas.

Hurí, que huyó del cielo porque Dios quiso
que viera algo la tierra del Paraíso,
torna tu vuelo
á tender, ó en mis alas vuélvete al cielo.

En el deliquio estático del misterioso sueño
absorta y arrobada, sentia que un poder
ignoto, irresistible, se hacia de ella dueño
y trasformaba en otro su primitivo sér.

En las palabras últimas de aquella serenata
Myriam irresistible mandato recibió:
y á impulso del ignoto poder que la arrebató,
volar por el vacío del aire azul creyó.

Soñando que volaba,
lanzada se sentia
por la region vacia
que atravesando va.
Soñaba que volaba
y que al Eden subia.....
y era verdad: el Angel
se la llevaba ya.

VI

De la region empírea cuando llegó á la altura,
dejó á Myriam el Angel delante del Señor:
miróla Dios: y absorta sintió la criatura,
sin miedo ni sonrojo, que la juzgaba Dios.

Dios vió que su alma virgen de tacha estaba pura,
 que no fermenta en ella de Adam la levadura,
 y en la mansion celeste lugar la señaló,
 dejándola en el pórtico de la edenial ventura
 en el lugar del Angel, á quien llevóse en pós.

La criatura humana tornóse en sér divino;
 su corporal materia se inmaterializó;
 y la feliz *huertana* que al Paraíso vino,
 de su cancel guardiana y en su pensil quedó.

—

Y hay kábilas y tribus de las de Múrcia oriundas
 hoy dia vagabundas por Fez y por Tlemzém,
 que créen que no es el Angel sinó la hurí Murciana
 quien abrirá á sus almas las puertas del Edén.





El viejo poeta, autor de las dos obrillas tituladas **De Murcia al Cielo** y **¡A escape y al vuelo!** *carta-cuenta á la Excma. Sra. Condesa de Guaqui*, se atreve á esperar que Mariano de Cavia, Kasabal, Blanco Asenjo y Soldevilla le perdonen la franqueza con que se sirve aquí de sus encomiásticos artículos, para dar á sus pobres versos y á su arrugada persona una serenata de bombo, y un poco de la sávia juvenil de sus vigorosos ingenios: los escritores viejos se suelen pagar mucho de las lisonjas de los ingenios jóvenes: siquiera sean debidas más que al valor de sus escritos al respeto por sus años.

En cambio Cavia, Kasabal, Blanco Asenjo y Soldevilla pueden pedir, si todavía las estiman, y copiar, si todavía les placen, en las columnas de sus periódicos, las decadentes rimas del amojamado poeta vallisoletano, que les agradece su buena memoria y su benévolo aplauso.

José Zorrilla

PLATO DEL DIA.—El manjar que anoche se sirvió en el Ateneo de Madrid, no se habia presentado en mesa alguna desde que los dioses desalojaron el Olimpo, ¡y cuidado que ha llovido desde entonces!

Este plato es—como ya habrá adivinado el lector goloso—aquella ambrosía, cuya delicada sustancia no acertaron á definir los griegos sinó diciendo que era nueve veces más dulce que la miel.

Desde anoche sabemos ya á qué atenernos buen número de felices mortales, amén de no pocas mujeres que debian de estar en el secreto, merced á su condicion de divinidades.

Puedo asegurarlo. El manjar de los dioses no es tan empalagoso como nos lo pintan Homero y Safo, personas de gusto harto rústico y primitivo en materias de reposteria... La ambrosía es pura y simplemente lo que nos dió á gustar anoche el gran Zorrilla en su poema DE MÚRCIA AL CIELO.

He dicho el gran Zorrilla y no á humo de pajas; porque el Zorrilla de ese poema no es el Zorrilla de las vaguedades, caprichos y profesiones de fé—que bien podrian llamarse rarezas, si no fuera el sustantivo bastante irrespetuoso—á que se muestra tan aficionado en estos tiempos el insigne poeta; sinó el Zorrilla de los grandes dias, el de los *Cantos del Trovador*, el de *Granada*, el de los *Cuentos de un loco*, el que cifró y compendió en sus maravillosas canciones y leyendas la quinta esencia del espíritu español, cristiano á ratos, musulman á veces, con sus ribetes y puntas de gentil.

—¡Es una resurreccion!—decían asombrados los oyentes, al escuchar aquellos versos en que el gran poeta ha mostrado como en sus obras más felices la viveza de su intuición, el vuelo de su fantasía, la esplendidez de su paleta y la música de su estilo.

El asunto del poema es delicioso, y parece que para idearle se han juntado un vate de la antigüedad pagana y un *rawí* educado bajo las palmeras de Córdoba ó los naranjos de Sevilla; añadiendo entrambos á las serenas inspiraciones clásicas y á los sensuales sueños orientales, las épicas y místicas visiones del cristiano Milton.

El Creador—un Creador que tiene de Júpiter y de Aláh, más que del Dios en quein cree Zorrilla—contempla desde las alturas del cielo su obra, y como dice el Génesis, vé que es buena.

Se la muestra á un Ángel, dando esto al poeta ocasion para desplegar los recursos más espléndidos de su imaginación; fijase el Hacedor en nuestro planeta, y al llegar á la Península española, cubierta á la sazón de nieves y oscurecida por tristes nubarrones, advierte en ella una ligera mancha verde.

—Mira; vé á ver qué mancha es aquella—dice el Señor al Ángel, cuya bajada por entre soles y constelaciones produjo al auditorio de Zorrilla tan mágico efecto, como pudo causarlo la famosa bajada de Satán en el *Paraiso perdido* á los primeros oyentes que tuviera el famoso poema inglés.

Llega el Ángel á nuestro planeta, dirígese hácia la mancha verde, y resulta que es la huerta de Múr-

cia.—¡Cómo la pinta Zorrilla! En cuanto se entere de ello la vega de Granada se muere de celos. Su antiguo enamorado le ha sido infiel.

El Ángel, que por sus gustos se asemeja al de *El Licenciado Torralba*, que advertía en el cielo

la falta de museos de escultura,

tropieza en la huerta con una murciana, dechado de tantas perfecciones, que el servidor del Altísimo, con todo y con ser espíritu puro, se entretiene con ella de parranda—nada más natural que la parranda estando en Murcia—y desatiende con tan grata ocupación el cumplimiento del divino encargo.

Cuando vuelve al cielo, no acierta á hablar sinó de la encantadora «huertana,» y á tal punto llega la curiosidad del Creador, que resuelve conocerla de cerca...—El poeta no lleva á Dios de picos pardos, como un Jove ó un Brahma; hace morir á la murciana en los deliquios de un éxtasis, y la trasporta por este medio á la mansion celestial.

Hé ahí, contado en síntesis reducidísima, y tal vez con algún error, el asunto del poema de Zorrilla, que en esta obra ha vuelto á ser—con encanto y admiración de cuantos anoche le escuchamos—el Zorrilla glorioso y seductor, vibrante y pintoresco, gallardo y genial, cuyo nombre vivirá luminosa vida mientras existan la raza española y la lengua castellana.

Dentro de pocos días se pondrá á la venta DE MÚRCIA AL CIELO, y el público podrá comprobar por

si mismo cuán merecido fué el triunfo que obtuvo anoche en el Ateneo el ilustre poeta con su nueva obra y con primorosos fragmentos de *¡A escape y al vuelo!* que no es como él dice,

carta ó cuenta familiar
que, en estilo algo ramplon,
da un poeta algo coscón
á una condesa sin par,

sinó una buena cantidad de perlas, diversas en oriente y en tamaño, que el mago de Valladolid ha ensartado en ténue hilo de oro.

Nuestro saludo al preclaro Zorrilla y nuestra enhorabuena á la patria, á quien el viejo cantor decora y enorgullece con los fulgores de una puesta de sol tan deslumbrante como el amanecer de su inspiracion y como la luz meridiana de su génio.—**MARIANO DE CÁVIA.**—(*El Liberal.*)

EN EL ATENEO.—Tema de la seccion de literatura: «La forma poética ¿está llamada á desaparecer de la literatura contemporánea?»

El Sr. Zorrilla (D. José) tiene la palabra.

El Sr. Zorrilla se levanta, pasa la rugosa mano por la despejada frente, ahueca ligeramente los blancos bucles de la larga y romántica melena, y dice:
DE MÚRCIA AL CIELO

Un oyente.—¿Qué ha dicho?

Otro.—Que nos va á llevar al Cielo.

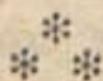
El primero.—Es un viaje que ya hemos hecho con él muchas veces.

Zorrilla nos refiere que Dios mandó un Ángel á ver qué era una mancha verde que se distinguía en la tierra, y lo refiere así:

El rayo y el telégrafo, de quienes ha sabido
la rapidez y fuerzas el hombre avasallar,

Etc., etc. (pág. 33.)

El punto verde era la huerta de Murcia, que el poeta describe como describió en otro tiempo la vega de Granada.



Breves momentos de descanso.

—¿Y cree Vd. que la forma poética debe desaparecer?...

—No me hable Vd. de eso ahora. Sería lo mismo que decirme en una tarde serena y despejada de Mayo que el sol no tendría luz, ni aroma las flores, ni belleza el cielo.

—¡Silencio!

—El poeta continúa.

—Atencion.

—*A escape y al vuelo*, ó sea desde Murcia á Guipúzcoa.

—Buena tierra.

Ya lo creo, oiga Vd. á Zorrilla.

Zorrilla:

¡Qué gente y provincias estas!
 ¡Cuánta joya atesorada
 guardan de la edad pasada
 por sus quebradas y cuestas!
 Sus campos más son florestas
 que campiñas de labor;
 y sin embargo enredor
 de sus pueblos no se ve
 de tierra baldía un pie
 que descuide el labrador.

De quintas y caserios
 hay por cada monte un ciento:
 casitas de nacimiento
 á la orilla de los rios.

Y en conventos ¡qué tesoro!
 parece que sus abuelos
 criaban sus pequeñuelos
 para ser niños de coro.

Sus iglesias parroquiales
 son grandes templos, tan bellos
 que bien cupieran en ellos
 cabildos de catedrales.

Y esta gente guipuzcoana,
 leal y aún poco ladina,
 laboriosa, ágil y sana,
 la gente es más campechana
 de la gente campesina.

País dichoso y tranquilo,
 cuyo laboreado suelo
 parece granja modelo
 y de la honradez asilo.

¡Dios les dé en sus montes paz,
 y no torne á hacer la guerra
 de gente tál y tál tierra
 tierra y gente montaraz!

*
 * *

Un descanso en la quinta de *Juin-Torréa*.

—¿Qué es *Juin-Torréa*?

—Una residencia que tiene en Guipúzcoa la Condesa de Guaqui.

—¡La Condesa de Guaqui! Está visto que esta noche sólo se habla de bellezas.

El poeta:

Casa enigmática
de *Juin-Torréa*,
que entre los árboles
amarillea,
como oropéndola
que al sol se orea
tras lluvia rápida
primaveral
¿qué eres entre esos
árboles sola...
frente á Loyola...
bajo su Cruz?
¿Qué nimbo en torno
de tí destella?
¿Qué sol, qué estrella
te da su luz?

.....

Y eso es lo que es *Juin-Torréa*:
fortaleza trasformada
en campesina morada
de dama de estirpe Real
que en sus cotos veranea:
un símbolo de una idea,
kiosko-torre sobre el cual
de su rubia dueña ondea
la rubia crencha Febéa
por bandera señorial.

Eso es lo que es Juin-Torréa:
 un pabellon de reposo
 en nuestro viaje forzoso
 por la vida terrenal:
 rosal plantado en la infancia,
 do en el boton de una rosa
 posada una mariposa
 toma el sol primaveral.



DESPEDIDA

Juin-Torréa del buen ver,
 rincon de tan buen vivir,
 santuario del buen querer,
 belvedere del placer,
 tazita de oro de Ofir;
 plantel de fragantes pomas,
 semillero de alhelies,
 bebedero de palomas,
 destiladero de aromas
 y balcon de las huries
 ¡adiós!... que va anochecer
 y me tengo ya que ir.
 ¡Adiós!... ¡y cómo á de ser!
 ¡No me deje Dios morir
 sin que te vuelva yo á ver!



Á LA SALIDA

¿Quién es esa señora tan hermosa que espera el
 coche?

—¿Esa rubia, esbelta, elegante?

—La misma.

—Pues la heroína de la fiesta, la Condesa de Guaqui.

—Y volviendo á nuestro asunto. ¿Cree usted que la poesía está llamada...

—¿A desaparecer?... Calle Vd., hombre. ¿Qué ha de desaparecer mientras haya poetas como Zorrilla y damas como la Condesa de Guaqui que los inspiren?

Un grupo de gente jóven que bajaba por la anchurosa escalera repetía los últimos versos oídos al poeta:

¡Adiós!... ¡y cómo ha de ser!

¡No me deje Dios morir

sin que te vuelva yo á ver!

No sabemos si se referirían al poeta ó á la Condesa.—KASABAL.—(*El Resumen.*)

ZORRILLA EN EL ATENEO.—No evoca el nombre del gran poeta D. José Zorrilla ideas de destruccion y guerra; antes por el contrario, al nombrarle, como si ya su figura perteneciera á pasados tiempos, rodeados de veneracion y poesía por lejanos, acuden á la imaginacion pensamientos de dulzura, de tranquilidad y de reposo, el hogar pacífico, á cuya flameante lumbre, y rodeado de cariñosa familia, se da lectura con pausado tono á las románticas leyen-

das, á los poemas místicos y á los romances en que se cantan las glorias y los heroísmos de la patria.

Así comprendia á Zorrilla toda la generacion que nos ha precedido; nuestras madres, ninguna de las cuales habrá dejado de aprender de memoria aquellos hermosísimos versos dedicados á la Virgen por el poeta:

«Sé que mis lábios, inmortal Señora,
la gloria manchan de tu faz divina,»

y nuestros padres, que se embelesaron recitando aquel valiente romance que comienza:

«Era entónces de Toledo,
por el Rey, gobernador,
el justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.»

Era aquella una época de romanticismo dulcísimo, nada peligroso, y mucho más grato y honesto que la literatura pornográfica de los presentes tiempos.

Otra parte de la generacion pasada, la que hacia más la vida de salon, conoció y aplaudió á Zorrilla en el famoso *Liceo Artístico Literario*, establecido en el palacio de Villahermosa; precisamente el mismo en que hoy ofrece espléndida hospitalidad á nuestro gran poeta la Sra. Condesa de Guaqui.

En aquel *Liceo*, cuyos *déficits* saldaba todos los años generosamente el marqués de Salamanca; en aquella Sociedad que tanto influyó en la cultura patria, á cuyas reuniones artísticas y á cuyos bailes

acudió la reina Cristina, abuela de Alfonso XII; en aquel Liceo fué coronado Zorrilla en sesión pública, aclamándole como el primero de los poetas españoles de su siglo, y como el representante más genuino de la poesía nacional.

Cerca de cuarenta años han pasado desde aquella coronación, y Zorrilla, que ya cuenta setenta y uno, no ha soltado todavía el cetro de la poesía castellana.

Anoche mismo se lo decía, después de oír extasiado su maravilloso poema, *DE MÚRCIA AL CIELO*, el ingeniosísimo Ramon Correa.

—Pepe, le decía; tú eres la representación de lo infinito; la serpiente que se muerde la cola, pues ahora apareces como en los primeros años de tu vida de poeta; con los mismos bríos de la juventud.

Y tenía razón: los que, en el Ateneo mismo, discuten acerca de si la forma poética está ó nó llamada á desaparecer, no tendrían más que oír anoche la lectura de Zorrilla, y se convencerían de que, mientras haya quien la discuta y la defina, sin sentirla, podrá desaparecer la poesía; pero no desaparecerá, en tanto que haya quien, como Zorrilla, ilumine con su genio poético, embelleciéndolos y divinizándolos, todos los asuntos de la historia, de la fábula y de la vida nacional.

El salón del Ateneo estaba anoche lleno por completo, y entre la concurrencia se veían académicos, artistas, poetas, escritores, casi todo lo que en Madrid vive con más gloria la vida del arte y de la literatura.

Ambas tribunas estaban llenas de hermosas y distinguidas damas, para muchas de las cuales es ya

obligacion, que cumplen con entusiasmo, el rendir culto al génio poético de Zorrilla.

Cuando éste apareció en el estrado, ruidosa salva de aplausos saludó su presencia, como manifestacion del respeto y el entusiasmo que á todos los de aquella casa inspira el gran poeta.

Inmediatamente comenzó á leer, como él sólo sabe hacerlo, su poema DE MÚRCIA AL CIELO, recuerdo dedicado por el poeta á aquel país, donde últimamente recibió tantos agasajos y atenciones; y, en verdad, que bien puede darse por contenta la hermosa Murcia, pues segun opinion unánime de todos los que los escucharon, no han salido versos nunca más hermosos de pluma castellana.

El poema es breve en argumento. Se reduce á que Dios manda un Ángel á averiguar qué punto es uno que hay en tierra española, y que llama la atencion divina por su belleza.

El Ángel baja á la tierra, vuelve al cielo, y tales cosas cuenta á Dios de Murcia y de una murciana á quien habló, que Dios le manda lleve á ésta al cielo, y la deja en el lugar del Ángel á las puertas del Paraiso.

Todo esto, que el poeta da como una tradicion árabe traducida por él, tiene tal lujo de detalles y tantas bellezas de fantasia y de diction, que es imposible describirlo.

Adjunto damos un trozo del primer canto del poema, por el cual puede formarse idea de las bellezas que éste encierra (pág. 27).

Este hermoso trozo de poesía, que podríamos llamar científica, por lo maravillosamente que describe los astros, fué hecho repetir por el público entre grandes aplausos.

Vesdad es que éstos no cesaron durante toda la lectura del poema.

Para terminar, Zorrilla dió lectura de algunas de las descripciones que comprende su libro *¡A escape y al vuelo*, dedicado á la señora condesa de Guaquí, como recuerdo de la estancia del poeta en el palacio de la condesa en Zarauz.

Es una maravillosa descripción de la costa Cantábrica, y como muestra, damos el siguiente trozo, que es el viaje de Motrico á Zarauz:

Y á ZaráuZ la vuelta al dar,
 por la carretera angosta,
 cuyas sombras dan al par
 cinto de piedra á la costa
 y franja de espuma al mar;
 los que por ella costean
 en muda concentración,
 sólo en ver y oír se emplean,
 de agua y cielo en la extension,
 los astros que centellean,
 los faros que parpadéan
 su constante irradiacion;
 en cuya estela irisada,
 restringida y recortada,
 y en la haz del agua trazada
 por el foco del peñon,
 se espejan y cabrillean,
 se besan y juguetean
 con la luz radiante y viva,

pero siempre fugitiva,
que las manda desde arriba
el fanal en rotacion.

Ya nosotros arrastrados
por los potros, ya cansados,
vamos viendo adormilados
en vaga contemplacion,
de la mar el movimiento;
en cuya agua azul, que ondea
sosegada y sin marea,
se refleja el firmamento;
y las olas de las playas,
que en la arena al arrastrarse,
escalonan combas rayas
que se borran al trazarse
por su efimera impresion;
y veíamos acaso,
y sentíamos al paso
del pretil por sobre el borde,
el mormullo y movimiento
sordo, unísono y acorde
de las olas que en montón
hierven, bullen, culebrean,
se rechazan, se aparean,
y se rompen y espumean
á los piés del malecon;
y al romperse burbujan
sin ahogar sólo un momento
su incesante, soñoliento,
manso, lento y vago són.

Zorrilla ha puesto á la venta su libro *¡A escape al vuelo!* Dentro de breves días pondrá el poema DE MÚRCIA AL CIELO, con lo cual creemos que es bastante decir, pues no se necesita hacer encomios de las obras de aquel que, con su nombre, honra y

enriquece por tan gran manera la literatura nacional.—FERNANDO SOLDEVILLA.—(*El Dia.*)

El insigne Zorrilla no ha querido que le sorprenda la muerte sin haber consagrado á Murcia algunos versos en pago de las muchas atenciones que le debe.

Así lo declaró anoche cuando se disponia á ocupar la cátedra para leer su poema DE MÚRCIA AL CIELO, que escuchó con deleite la numerosa concurrencia que llenaba el vasto salon del Ateneo.

Podrá envejecer aquella cabellera que cubre de nieve la hermosa y expresiva cabeza del poeta; pero el alma que inspira sus cantares es aún tan jóven, tan fresca y tan lozana, como la que vibra en los *Cuentos de un loco* y los *Cantos del trovador*.

El nuevo poema DE MÚRCIA AL CIELO, que leyó en el Ateneo, es una concepcion original que tiene algo de la grandiosidad cósmica de Milton en el *Paraiso perdido* y de Gœthe en la introduccion del *Fausto*.

Aquel Dios, que desde las regiones etéreas envia un Ángel á la mancha verde que sobre la tierra dibuja la frondosa huerta murciana, podrá por cuidados mayores olvidar el nombre de aquel paraiso de España; pero el poeta que para gloria de nuestra patria nos enviara como sublime emanación de su

esencia divina, vive en el presente y con él de continuo se comunica.—BLANCO ASENJO.—(*La Iberia.*)

«Debo tantas atenciones á Murcia, que no me era lícito dejar de consagrarle algunos versos antes de morir.» Así se expresaba anoche Zorrilla en los pasillos del Ateneo, cuando en medio de nutrido corro de literatos y admiradores, se dirigia á la cátedra para dar lectura de su poema DE MÚRCIA AL CIELO.

Fué esta lectura un ruidoso triunfo, igual á los mayores que ha podido alcanzar Zorrilla en sus mejores tiempos. Su musa, que no envejece, ha trazado la leyenda de Murcia en versos de un brio y una frescura inimitables. Hubo momentos en que arrebató al auditorio.

El repertorio entero de los elogios habria que agotar para juzgarlo.

Despues leyó la segunda parte de un poema *¡A escape y al vuelo!* que dedica á la condesa de Guaqui, y que resultó una geografía poética y amena de la costa cantábrica, desde Zarauz á Loyola.

La velada estuvo brillante.

Véase uno de los trozos de verso que produjeron más entusiasmo y merecieron los honores de la repetición.

EN EL CIELO

FRAGMENTO DEL POEMA TITULADO «DE MÚRCIA AL CIELO»

—¡Vé!—pensó Dios—y el Angel del ivé! de Dios sintiendo,

(Pág. 33).—(*El Imparcial*)

ZORRILLA EN EL ATENEO.—La musa de Zorrilla no envejece. Siempre sonriéndole, siempre mostrándole flores, el anciano poeta sigue viviendo en consorcio juvenil con sus primeras inspiraciones. Como la naturaleza, cada año Zorrilla hace reverdecer en primavera los verjeles de sus sueños.

Los versos que leyó anoche en el Ateneo son una prueba de la lozania de su inteligencia, de la fuerza de su fantasía, del ritmo sin igual de su lira de oro, que no reconoce eclipse, desvio ni cansancio.

Leyó un poema titulado DE MÚRCIA AL CIELO, en que se siente palpitar en cada verso el númen genial del autor de *Margarita la Tornera*.

Durante la lectura el poeta fué interrumpido por los aplausos que le tributaba el auditorio, verdaderamente arrebatado por aquellas rimas sonoras, por aquellas rientes imágenes que servían de espléndida vestidura á la vieja leyenda de Múrcia.

Leyó despues, del modo que es proverbial en el

ilustre poeta, la segunda parte de otro poema dedicado á la Condesa de Guaqui; titúlase *A escape y al vuelo*, y en él pinta maravillosamente parte de la costa Cantábrica.

Los aplausos resonaron de nuevo, recibiendo el insigne autor de *Don Juan Tenorio* una de las ovaciones más ardientes que se le hayan tributado en su larga carrera de triunfos brillantísimos.

Elegantes damas y hombres ilustres llenaban por completo el Ateneo.—(*La Justicia.*)

EN EL ATENEO.—Brillante fué la velada de anoche en este ilustrado centro.

La lectura del poema DE MÚRCIA AL CIELO fué un ruidoso triunfo igual á los mayores que haya podido alcanzar el insigne poeta Zorrilla en sus mejores tiempos.

El asunto del poema—dice el amigo Cavia—es delicioso, y parece que para idearle se han juntado un vate de la antigüedad pagana y un *rawí* educado bajo las palmeras de Córdoba ó los naranjos de Sevilla, añadiendo entrambos á las serenas inspiraciones clásicas y á los sensuales sueños orientales, las épicas y místicas visiones del cristiano Milton.

El viejo poeta recibió todo género de elogios del

numeroso público que escuchaba sus versos con deleite.

Despues leyó la segunda parte de un poema *A escape y al vuelo*, que dedica á la Condesa de Guaqui, y que resultó una geografia poética y amena de la costa Cantábrica, desde Zaráuz á Loyola.—(*El Correo.*)



Niña que de la vida la senda empiezas,
 sin ver de su camino las asperezas,
 y aún ignorando
 que, según va alargándose, se va estrechando;

Magdalena, que sientes hoy con delicia
 mi mano fría y trémula que te acaricia...
 ¡si Dios cambiara
 mi mano en la de un ángel que te guiara!...

de tu existencia fuera suave el camino,
 perenne la ventura, feliz el sino;
 y á través de ella
 cruzáras, como el cielo cruza una estrella.

Cuando paso mi mano por tus cabellos,
 percibes algo extraño correr por ellos;
 crées, fascinada
 por lo que crées, mi mano la de alguna hada;

mas tú no sabes, niña, que tengo miedo
 de amarte y de tocarte ni con un dedo:
 pues desde niño,
 lastimé á los objetos de mi cariño.

Mariquilla preciosa, lista y risueña,
 mariposa temprana, rosa abrileña,
 luz y embeleso
 de tu madre, que al paso me diste un beso;

cuando á los quince llegues, yo te suplicó
 que la pidas la historia de este abanico;
 porque estoy cierto
 que has de quererme mucho después de muerto.

Tú romperás muy pronto, Marica inquieta,
 esta prenda del vago viejo poeta;
 mas te suplico
 que guardes los pedazos de este abanico;

y cuando en ellos rotos mis versos leas,
 y hecho entre ellos pedazos mi nombre veas,
 piensa, ¡embeleso
 de mis ojos! que han sido prendas de un beso.

